

GLOSANDO NOVELAS

NOVELA MARAVILLOSA DE LA INFANCIA DE UN DIOS *

La fantasía sutil que en sus poemas es un gas exaltador, es en esta novela de Luis Berninsone, la médula y el prestigio. Esta obra representa una agradable fotografía en celeste y gracia, de la infancia de Jesús: honda tierra para extraer lámparas. Luis Berninsone ha criado su estilo con amor; así se explica el equilibrio de esta novela, en la cual se corría el riesgo de obscurecerlo todo con el absurdo que a nada, ni a nadie maravilla. Pero el poeta ha sabido de las bridas de la frente y, de este modo, las páginas cundieron en madura simetría de sueño: está *el absurdo*, y está como eje, en la novela del autor de «Periscopio»; no obstante, por razón de medida y de poesía, se le mira *natural*, como si no pudieran ser los sucesos de otra forma. . . .

La lectura de este libro de Luis Berninsone, nos ha evocado la simpleza luminosa de «El Hijo de María», de Santiago Lareu, escrito en lengua gaucha, malicioso y doradamente fino; Berninsone escribe para mostrar un Jesús diáfano, encuadrado al corazón de la espiga, sin pretender crítica social, ni bandera ardiendo; Lareu, en cambio, trata a Jesús con hermosa ternura, vistiéndole de llamas, henchido de luz de humano porvenir: *La tierra es de todos. Porque el trabajo y la vida son de todos!*, exclama en su cuadro «A lonjazo limpio». Lareu toma a Jesús como una espada de fuego; Berninsone como una flauta encantadora.

«Novela de la infancia maravillosa de un Dios», muestra a un Berninsone desligado de sus temas predilectos, mas no de la forma aérea, dúctil, milagrera; en este libro los hechos acontecen con una lógica azul, atractiva y penetrante: «Jesús y la Palmera», por ejemplo.

Inspirado en algunos Evangelios apócrifos, Luis Berninso-
ne ha brindado a nuestros niños, en esta novela hecha pulcra-
mente por Nascimento, un ala bellísima de imaginación, y para
los que pugnamos por conservar una gota de infancia en los
ojos, una hora entre el tiempo de los sueños y las mentiras im-
borrables; hora que sólo se paga con gratitud.



COBRE.—Cuentos mineros. Gonzalo Drago ha vivido in-
tensamente. Sus manos no llegaron a la literatura para jugar a
intercambiar estrellas, sino que para contar sus experiencias, y
servir al hombre: «Cobre». su primer libro, es un documento
valioso, probo. Ahora, cuando pensamos tan poderosamente en
Chile su libro detiene como un cartel de sangre que nos grita-
ra la verdad a quemarropa; en Chile, los hombres sufren; hay
látigos extranjeros que tatúan a maldición muchas espaldas
nacionales; el cobre, como el salitre, navega hacia fuera; y, con-
secuencia de todo, la desesperación; la rebeldía y el hambre,
constituyen una negra trinidad en el corazón de nuestros pro-
letarios!

Con el panorama desmesurado de la cordillera entre los
ojos, con el eco de algunas agonías retenido en la hombría,
Gonzalo Drago ha escrito, (íbamos a escribir, afilado), estas
páginas.

Yo conozco la pampa salitrera y esto implica conocer un
sitio gemelo de explotación al descrito por Drago: en cierta
ocasión pretendí visitar Chuquicamata y se me negó el permi-
so: quiero interpretar tal hecho como una prevención cortés de
quienes no desean que los escritores sufran con ciertos espec-
táculos. Esta cortesía norteamericana me ha privado de una po-
sibilidad de apreciación en la obra de Gonzalo Drago; más cau-
telosamente; he conversado con quienes conocen «El Teniente»
y me aseguran que Drago ha sido veraz y eficiente pintor,

cualidades que parecen desprenderse de la seguridad con que trata detalles y paisaje.

«Cobre» es un libro que bien puede considerarse novela. Su unidad está justamente en el desmembramiento que sostiene el libro: más que cuentos, son capítulos, los de «Cobre», de la vida de este mineral; aguda biografía de la explotación industrial. «Cobre» es una novela cuya hilación no corre en la forma, sino que por dentro de tanto destino zarandeado y sufrido; existe una trama que no se envanece por los exteriores; es una trama sangrante que se arrastra, subterránea y fría, por las venas y las cosas de esta obra.

Baldomero Lillo podría estar en este libro a manera de fuego tutelar. Y lo está, si consideramos a Lillo como el inaugurador nacional de una literatura humana, quebradora de sombras, denunciante. Drago es un heredero, en «Cobre», del caudal sensible y rojo que mana de «Sub Terra». Mineros aquí y allá; mineros ensombrecidos, pulmones agrietados, capataces brutales, sueños estrangulados...! Variante de panorama. Intensidad opresora igual: Chuquicamata, «El Teniente», «Lota»...

La literatura actual, rumbeando, segura, a planos de investigación de vida humana, para acusar a quienes la ensombrecen, está, sino representada espléndidamente en este libro, con sus más honradas substancias: el prólogo de «Cobre», firmado por Luis Alberto Sánchez, lo señala y, la dedicatoria a los hombres de *Braden, Cooper Co.*, es cortante proclama.

Drago ha consubstanciado estilo y drama: escribe secamente: las palabras no le sirven para elevarlas en símbolos o en imágenes; él sabe que debe contar algo y para ello emplea un método firme, sin arababescos ni morbideces. Para nosotros, el defecto de este libro radica en la falta de final de los trabajos; Drago ignora aún la importancia de un remate oportuno, de un fin de cuento que amarre para más allá de la obra; los sujetos dejan apetencias de no sabe qué, pero se cortan imprudentemente, sin madurez.

La muerte es en «Cobre» una malla dura y plena de vitalidad; un abismo al cual conducen todos los caminos del libro... Y la mujer, mejor dicho, el hambre de mujer, castiga como un látigo de fuego:

«—¿A dónde piensas ir?

—A cualquiera parte. Donde haya mujeres, ¿sabes?

—Necesito una mujer — declaró mirando fijamente al muchacho».

Muerte y mujer. Y para anudarles: sed. El pisco es el fantasma más cruel de estos mineros.

Gonzalo Drago, responsable de su obra ante su propia dignidad, merece cálida atención de quienes otean el porvenir de las letras chilenas.



CAMINO NEGRO.—Munizaga Hozven escribió antes de esta novela dos libros de poemas vanguardistas; «Caklant», (1929) y «Espejos andariegos», (1933): libros donde la hora del jazz y del dínamo goteó sus sales y sus intrascendencias; son libros fugaces que se evocan como ciertos amigos un poco estridentes; libros. Hoy, una novela nos devuelve el nombre ya perdido de este hombre; una novela que morderá a unos y será para otros, extraño aguinaldo.

Julio Walton, prologa por tercera vez la jornada de Munizaga Hozven y, del natural ditirambo de todo prólogo, se deduce que este libro oculta un fin de crítica social, siendo, como es, un muestrario obscuro de la desgracia de una mujer.

«Camino Negro» es una novela de peso. Y de sexo triste. No es «Piel Nocturna», de Salvador Reyes, esa novela sin hoja de parra que resplandece como una bella muchacha desnuda en mitad de tantos huasos, de tantos robles, de tantas palabras graves en nuestra literatura... Munizaga Hozven exhibe lacras

con lenguaje escasamente literario y, allí tal vez se esconda la curiosa amenidad que permite leer esta novela, que peca, por otro lado, de minutos de mal gusto, de escenas falsas, de una como premeditada mala suerte echada en la estrella de la heroína.

Con todo, «Camino Negro» es un libro que no se ensucia de pornografía; a instantes, logra acentos de información, de exposición de estudio. Es libro de cara maldita, de los raros que bajo tal signo se escriben por estos lados.

¿Logrará Munizaga Hozven su objetivo redentor? Lo dirán los casos que, escapando a lo literario, puedan suceder. No se puede exigir al lector sino un juicio a propósito del valor narrativo de la obra. Y «Camino Negro» lo tiene con anchura.
—ANDRÉS SABELLA.